

donados a su suerte en una estación internada en las soledades selváticas del centro de África. Los asiste un negro de Sierra Leona y diez famélicos de otra tribu extranjera. Pasan ocho meses. La camaradería inicial se vuelve suspicacia con los meses. Al cabo se desconocen. Luego de una discusión absurda por unos terrones de azúcar comienzan a perseguirse alrededor de la casa (la intensidad narrativa de ese momento es notable). Chocan violentamente, uno de ellos dispara y mata al otro. El “asesino”, enloquecido por la súbita percepción de que la vida y la muerte habían llegado a ser igualmente terribles, se suicida. En ese momento llega, por fin, el vapor de la “Great Civilizing Company”. Encuentran a Kayerts entre la bruma colgando de una cruz en un lazo de cuero: “*irreverently, he was putting out a swollen tongue at his Managing Director*”. La espeluznante escena del ahorcado mostrándole al jefe la lengua hinchada dice suficientemente las consecuencias del *white’s men burden*. En los últimos relatos la visión de Conrad se agudiza, se radicaliza (y evoca por momentos al último Rousseau): consciente de que la acción y el mal son indisolubles, Axel Heyst, el protagonista de *Victory*, decide para siempre no “mover un dedo”.

Se diría que la increíble vigencia de *Heart of Darkness* es proporcional al desarrollo avasallante del mal que denuncia. Pero su verdadera perdurabilidad, su inagotable poder de irradiación (del cual *Apocalypse Now* es su exponente más alto y el nuevo Kong su caricatura, pero que se manifiesta, asimismo, en el interés que ha despertado en pensadores como Edward Said, y aún en los numerosos foros de discusión *on-line* con los que cuenta actualmente), descansa en la compleja *calidad* de esa denuncia. Desde la geopolítica a la autobiografía, la moral o la estilística, el cuento de Conrad se ramifica en una impresionante cadena de discusiones.

Acaso convenga retener una imagen final: cierto lúcido espanto ante aquello de lo que es capaz el hombre, de nuevo: el hombre *blanco*. Ese movimiento expansivo, la problemática de la acción colonial, y su contrario: la contracción de Monsieur Teste, la localización del punto ciego de todos los discursos del saber. De ambos podría decirse lo que dijo Nietzsche en *De la utilidad y perjuicio de la historia para la vida*: “jorgulloso europeo del siglo XIX, estás loco!”.



EN TORNO DE UN NOMBRE



Todo individuo es nombrado. Los colectivos no escapan a esa regla universal. Forma básica de la identidad. En nuestra cultura, el padre nombra (sea quien sea el que se arrogue esa figura, desde el siglo XIX además bajo la intrusiva certificación del Estado vigilante y protector?; y de la Iglesia, antes para todos, ahora para los creyentes). Nuestro colectivo, en el camino de autoidentificarse, discutió largamente en torno a su nombre. Ese debate resumió, en buena medida, las razones de diversas de los integrantes del grupo para ser tal, para elaborar una revista, para presentarse a la luz pública. La propuesta inicial, Elogio de la desmesura, convocó a los primeros intercambios, y luego se sumaron otras: NOSTROMO, que fue finalmente el nombre elegido, Casa tomada, que suscitó diversas adhesiones, algunas más. Transcribimos textos producidos en ese debate, razones, respuestas, consensos, como parte de la historia de la constitución de este proyecto que ahora puede navegar con sus lectores.

ELOGIO DE LA DESMESURA

La pregunta primera y primordial es qué hacer con esta ira, que es lodo, lava y huracán. No queda otra opción que cabalgarla, aun-

que no para tornarla dócil, sino para fusionarse con ella, deviniendo centauro y, en tal condición, excederse en incursiones cada vez más ásperas, cuyo único límite sea la precaución elemental de evitar

el despeñamiento completo. A esto último queda reducida por ahora nuestra *responsabilidad*.

Sobran en América Latina far-santes que aguardan su desenmascaramiento, demonios que esperan

ser exorcizados, ideas cómodas que claman a gritos ser laceradas, cándidos refugios retóricos que exigen ser redimidos de su inconducente absurdidad... Ejemplos: las patéticas justificaciones de las realidades realmente existentes; las aguachentas defensas de institucionalidades que sancionan órdenes vergonzosos; las numerosas historias contadas desde la más lamentable de las poéticas, la del cinismo; el cultivo comedido de estériles manifestaciones de alambicamiento intelectual; los interminables actos de contrición que difícilmente consigan interpelarnos ya; las expresiones ampulosas e insignificantes de las distintas "noblezas" de la izquierda... Se nos presentan, todas ellas, como miradas incapaces de dar cuenta de una realidad desgarrada, hirviente de prodigio y de tragedia, que sólo permanecen allí para ser dialectizadas, aunque no a partir de alguna variante del irenismo conciliador, sino desde el latir indómito de un relámpago de ira.

En América Latina sobran también, del otro lado, restos de símbolos sagrados que, a veces lastimosamente, sobreviven a su desgaste y fosilización, soñando con un nuevo crepitar, en el albor de una feliz e inusitada pirotecnia. Pero para que un sueño semejante adquiera efectiva concreción se impone renovar de raíz los lenguajes que hoy nos constituyen, indiscutiblemente agotados. ¿Quién sabrá decir las palabras capaces de desanudar los conjuros?; ¿quién tomará a su cargo la mítica tarea de volver a dar vida a aquellos símbolos, o de acuñar otros nuevos?; ¿quién será capaz de invocar, en esta hora a la vez

desasosegante y promisoría, los nombres de las sombras que puedan orientarnos en los laberintos de esta inmensa noche...? Vil y presuntuoso sería autoadjudicarse atribución alguna en este sentido; todo lo que habremos de decir por el momento es que, frente a la insipidez reinante, se impone algún nuevo tipo de desmesura; a ese tipo de contrapunto se refería, recordamos, la dialéctica.

De estos afanes turbulentos se desprenden algunas líneas de trabajo. Por una parte, componer un canon acorde con el gusto por la incandescencia vengadora, lo cual no excluye, por supuesto, la recuperación de figuras olvidadas o el ajuste de cuentas con ciertas celebridades de la hora. Por la otra, instaurar un haz de miradores desde los que se persiga no tanto fotografiar naturalistamente el acontecer sino, ante todo, martillar con insistencia sobre los problemas, las palabras y las formas, en procura de establecer nuevos modos de mirar y de decir que eviten a su vez, la autocomplacencia y el culto a la propia vanidad. En tal sentido, numerosas y diversas son los interrogantes que surcan este instante inicial: ¿Cómo es el mundo que habitamos?; ¿Qué fase de la historia nos alberga?; ¿Qué debemos esperar del trabajo intelectual?; ¿Cómo hemos de perfilar la esfera de lo deseable y sus vínculos con lo existente, con lo inminente, con lo posible?; ¿Qué nos corresponde hacer con las ideas de progreso, de desarrollo, de revolución?; ¿Qué tipo de apropiación de los legados hemos de procurar...? Atravesados por este espeso cúmulo de preguntas, contamos apenas con una (eventual) cer-

teza: aún cuando no sea seguro que existan respuestas unívocas para todas y cada una de ellas, sabemos que cuanto más capaces seamos de desembarazarnos de las categorías y de las imágenes imperantes, es decir, cuanto más lejos consigamos llevar la ardua tarea de renovación expresiva, menores serán el sofocamiento y la asfixia. Pudiera ser que toda esta inmensa y plomiza noche sea perpetua; no estamos, sin embargo, en condiciones de aceptar que les sean sustraídos su aire, sus estrellas y su fuego.

A. K.

SOBRE *NOSTROMO*

Antes que nada, quisiera decir que Conrad es para mí un escritor de cabecera desde hace muchos años, desde que en la adolescencia descubrí *Lord Jim*. La lectura de sus libros nunca es placentera, hay en ellos una incomodidad esencial, un podrecimiento de las propias convicciones. Conrad, es un novelista, y creo que en ello está su valía, que obliga a pensar y a repensarse la realidad: sus personajes reflexionan todo el tiempo y envuelven al lector en sus meditaciones de tal forma, que éste queda instalado en un universo en descomposición que ve como suyo. Su arma no es la bravata sino la ironía, corroe por dentro, induce como muy pocos escritores a una mirada crítica del mundo. Eso lo hace tan valioso, tan actual. Pero hay que hacer una salvedad, la mirada crítica de Conrad es (no podía ser de otro modo) una mirada crítica a "su" mundo. Y el posesivo me molesta, pues parte de mi disgusto con

Nostramo como nombre para una revista latinoamericanista con ánimo contestatario y condición de ajuste de cuentas viene de ahí. Porque Latinoamérica no está en *Nostramo*. Como África no está en *El corazón de las tinieblas*. América es el lugar de la explotación que *Nostramo* denuncia. Es un paupérrimo punto en el mapa, sin voz, es decir, sin palabras. (La opinión no es sólo mía. E. Said comenta algo parecido en *Cultura e Imperialismo*: “ele escreve como homem cuja visão ocidental de mundo não ocidental está tão arraigada a ponto de cegá-lo para outras histórias, outras culturas e outras aspirações. Tudo o que Conrad consegue ver é um mundo totalmente dominado pelo Ocidente atlântico, onde toda oposição ao Ocidente apenas confirma o poder iníquo do Ocidente”; y más adelante concluye: “Essas cruciais limitações de visão são parte integrante de *Nostramo*, tanto quanto seus personagens e enredo. O romance de Conrad encarna a mesma arrogância paternalista do imperialismo que é objeto de seu escárnio em personagens como Gould e Holroyd”, p. 19 de la versión brasileña). En esta densa novela ninguna de sus palabras dicen América Latina, porque América para el colonizador, desde los Diarios de Colón a los viajes de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, y que me perdone la caridad católica, a Bartolomé de Las Casas, es solamente objeto, nunca sujeto. Y como tal no tiene voz. Y yo entendí que esta revista pretendía gritar.

El nombre de una revista no sólo tiene que ser eufónico (*Nostramo* sin duda lo es). Es algo más importante. Es un manifiesto.

Constituye una admirable síntesis de lo que la revista quiere ser y adónde quiere llegar. Sólo hace falta recordar algunos nombres: *Revista de Avance* (La Habana, 1927-30), *Marcha* (Montevideo, 1939-74), *Amauta* (Lima, 1926-1930) o incluso *Martín Fierro* (Buenos Aires). Analizar esta última es interesante. Hay una primera época en que *Martín Fierro* (1904-5) dirigida por Alberto Ghirardo es una revista de ánimo anarquista, contestataria, en la que publican intelectuales vinculados al mundo de la cultura obrera y popular como Evaristo Carriego, José Ingenieros o Roberto J. Payró. Dos décadas más tarde (1924-1927) el mismo nombre es la puerta de una revista de vanguardia, dirigida por Evar Méndez, en la que colaboran Jorge Luis Borges, Oliverio Girondo, Leopoldo Marechal y Macedonio Fernández. En las dos, a pesar de sus diferencias, se defendía la rebeldía del gaucho y la identidad argentina que se quería construir. Ninguna de las dos pecó de nacionalismo, pero el nombre expresaba la necesidad de hablar por sí mismo.

Otra cosa, y con ello acabo, es que en la Argentina de los años diez y veinte todo el mundo entendía qué era decir Martín Fierro. Se recitaba en la calle, y sus dichos y estrofas estaban en la mente de todos. El nombre de una revista es una puerta de entrada a sus páginas y la de Martín Fierro estaba abierta para todo el mundo. ¡Qué diferencia con *Noigandres*, la revista que Haroldo de Campos lanzó en los años 50! ¿Qué es *noigandres*? Ni idea. Pues bien, un carioca ahora o hace cincuenta años tampoco tenía ni idea. Eso la convertía en una re-

vista para minorías que sabían de los trovadores medievales (es eso *Noigandres*, un poema de Arnaut Daniel del siglo XII). En Brasil, en América Latina, donde sólo un veinte por ciento de la población accede a la universidad, me parece una vergüenza. Para no salir del ámbito brasileño la podemos comparar con *Klaxon*, la revista de Mário de Andrade, que se quería tan moderna que incorporó la bocina como emblema, que también era vanguardista, intelectual, elitista en su descaro, pero con las puertas abiertas. *Nostramo* remite al título de una obra literaria (brillante) y es, por tanto, no una palabra que designe algo sino una referencia, una cita (si se me comenta que toda palabra es convención, y por tanto referencia, habrá que subrayar entonces que *Nostramo* lo es el doble, en segundo grado). Para entender la dimensión expresada en el nombre de la revista se tiene que conocer a Conrad, se tiene que haber leído el libro. Sin esas referencias, el nombre se queda en eufónico nomás. Y que me perdonen la pregunta, ¿pero cuantos aquí habían leído a Conrad antes de entrar a la universidad? ¿cuántos de nuestros universitarios con más ganas de cambiar el mundo, con toda la voluntad puesta en América latina han leído *Nostramo*? Casi como *Noigandres*, *Nostramo* es una puerta cerrada porque para entrar en ella se necesita una llave, la llave culturalista, la de las citas. Me dirán que es necesario tener esa llave. Yo creo que no, que es un camino apasionante que se convierte en necesario en cuanto más se recorre, pero no un requisito necesario para leer una revista. Creo en las puertas abiertas, en el

destierro de la pedantería (que es el saber como exclusión) y en la fundación de algo que sea discusión abierta, réplica, conocimiento diverso de la realidad, convicción, no sólo referencias a libros. Jaime Torres Bodet, un gran pedante en su juventud, secretario de educación varias veces, se jactaba de que su cerebro era una casa de citas. Ojalá nuestra revista no lo sea.

Pero entonces queda un problema, ¿qué nombre ponerle a la criatura? A mí personalmente, ese *Elogio de la desmesura*, tan superlativo y contestatario, tan lleno de “afanes turbulentos” y de “incandescencia vengadora”, me satisface muchísimo. Pero es, claro, una opinión.

Meritxell Hernando Marsal

RESPUESTA AL TEXTO “SOBRE NOSTROMO”

Me encuentro en un estado de reflexión profunda acerca de los argumentos vertidos en contra de llamar a esta revista sobre tema latinoamericanos con el nombre de *Nostramo*. Las ideas vertidas en el texto dan para pensar cosas. Creo que este texto es una forma de hacerlo.

UNO. Acuerdo unánime en torno a la calidad del ejercicio literario de Conrad. No hay forma de atacarlo contemplando la idea de decir que es un escritor fácilmente desdeñable o que no atiende preocupaciones que superan por completo los límites de lo estrictamente literario. Dice una

parte del texto: “Su arma no es la bravata sino la ironía, corroe por dentro, induce como muy pocos escritores a una mirada crítica del mundo. Eso lo hace tan valioso, tan actual.” En lo importantísimo de la actualidad “en”, “sobre” y “alrededor” de la obra de Conrad es que finca la pertinencia del nombre. La mirada de Conrad no es descriptiva, ni relatora, ni entretenida, en la exclusividad de cualquiera de los anteriores adjetivos. Es eminentemente crítica. Si hubiese que definir la obra de Conrad, esta última palabra podría hacerlo de manera amplísima. Tal vez el viejo Joseph (que es como aparece en casi todos sus retratos) soltaría la carcajada. Corro el riesgo.

DOS. Después me encuentro un argumento que alude a la “ajenidad” de la mirada de Conrad en *Nostramo*. Dice “Latinoamérica no está en *Nostramo*. Como África no está en *El corazón de las tinieblas*. América es el lugar de la explotación que *Nostramo* denuncia. Es un paupérrimo punto en el mapa, sin voz, es decir, sin palabras”. El argumento parece anclarse en el hecho de que la obra de Conrad es una crítica a “su” mundo. Y no una mirada “propia” acerca de los problemas, condiciones o situaciones latinoamericanos. Otra vez el problema de “el otro”. Creo entender (y seguramente entiendo mal, me ocurre frecuentemente) que lo que descalifica a Conrad es no ser “intrínseca, real y consecuentemente” latinoamericano.

El argumento continúa diciendo que “En esta densa novela nin-

guna de sus palabras dicen América Latina”. No estoy de acuerdo, toda la novela, grita, por todos sus poros: ¡América Latina! Las descripciones, los personajes, las situaciones: todo está describiendo a una América Latina que no es solamente escenario, sino también personaje. Si lo que se critica es la ausencia de un punto de vista militante (cualquier cosas que eso signifique), lo veo más como una ventaja que como un defecto. Seré sacrilego: creo que la América Latina (Costaguana, Sulaco) de Conrad describe más en términos críticos (precisamente por esa otra mirada) que el Macondo¹ de García Márquez, o que la Arepa de Ibagüengoitia (por cierto, ninguna de las dos obras dice “Soy América Latina, y estoy hablando”). Me quedó una pregunta, ésa sí irresoluble, y que seguramente desnudará mi ignorancia: ¿qué obra o qué autor demostraría fehacientemente esa voz de la América que grita y es sujeto? Espero respuesta (en serio).

Por otro lado, creo que la acotación que Said hace sobre *Nostramo*, dentro de *Cultura e imperialismo*, responde también, como la mirada de Conrad, a un juicio y una justificación que pretende también explicar desde “su” mundo; proyecto que ya había comenzado desde *Orientalismos*. ¿Said está explicando solamente su mundo, ese Oriente Medio visto desde el exilio estadounidense? ¿O también estaba hablando de “otras” cosas? ¿Por qué escoje obras literarias para explicar procesos culturales? ¿Está expli-

¹ Inclusive, me atrevo a decir, que el McOndo de Alberto Fuguet. Lugares imaginarios que aluden a América Latina como la visión exclusiva de ése que escribe. Las Américas Latinas.

cando al imperialista o a la víctima (objeto) de tal proceso? ¿Un palestino hablando de Inglaterra? ¿Un palestino hablando de América Latina? ¡Qué disparate! ¿Con qué derecho? Seguro que Said también se está carcajeando.

TRES. Entramos entonces en las definiciones de lo que el “nombre debería ser”. “El nombre –dice el texto– de una revista no sólo tiene que ser eufónico (*Nostramo* sin duda lo es). Es algo más importante. Es un manifiesto.”. Tengo que dejar el escritorio y acudir al diccionario. Ya está. *Eufónico: Sonoridad agradable de la palabra y de la frase.* Está al lado de *eufemismo*. Bueno. Totalmente de acuerdo en que el nombre es eufónico. Me agrada, es fuerte, vocal dura esa O. Acerca de que el título es un manifiesto, creo que también estoy de acuerdo, con una salvedad: si el nombre es un manifiesto, al mismo tiempo que plantea un desacuerdo tiene que plantear un proyecto. Más aún tiene que plantear la posibilidad, voluntad y capacidad de llevar adelante ese proyecto. En ese sentido: ¿deveras *Vuelta* dio la vuelta? ¿*Letras libres* son “requetelibres”? ¿*Zurda* es zurda? ¿*Mobo* apesta, como debería de apestar? ¿*Lucha armada*? Estamos para correr riesgos. Creo que *Nostramo* (como nombre) plantea un proyecto que se resume en la característica que mencioné líneas arriba acerca de la obra: la voluntad, la necesidad, la convicción y la posibilidad de ser una revista crítica (y me gustaría añadir: abierta. En términos de debates y argumentos, claro está).

CUATRO. Alude al uso del nombre *Nostramo* como una marca de pedantería. De puerta cerra-

da. A mí, que soy claustrofóbico, me dan terror las puertas cerradas. Más aún si no tienen ventanitas, respiraderos o, de menos, el agujerito para que el gato regrese de sus travesías nocturnas. Pedantería, llaves culturalistas, casas de citas. Lo hace a uno sentir culpable ¿qué no? ¿Cuántos universitarios habrán leído *Nostramo*? Creo que muy pocos. Si en el ámbito de las letras son pocos, en el ámbito universitario son muchos menos. ¿Cuántos leerán *Nostramo* después de encontrarse la palabra en una revista con textos que los hagan interesarse por su nombre? Tampoco lo sé. Seguro muy pocos si pervive esa imagen de juventud universitaria, apática y perezosa. Leerán, investigarán, descubrirán, a quien les interese. Los trepanados por el MTV Latino o el Hollywood World, no creo. El nombre, creo yo, implica un reto intelectual. Y supongo que nuestra revista será atendida por personas acostumbradas a esos retos intelectuales (más aún en una realidad en la que el sólo hecho de leer por gusto es el reto intelectual que cada vez se pierde más). Por sujetos a quien les agrade los textos contenidos en ésta. El nombre NO es la revista. El bautismo es un acto simbólico no determinante, en términos fatalistas, creo yo.

El reto del nombre implica descifrarlo al mismo tiempo que los textos contenidos. Si queremos ser literales, ¿qué nos diferencia de ser *El Nacional*, *El Mundo*, *La Crónica*, *El Globo*?

A Sor Juana Inés de la Cruz, acusada toda la vida de pedante y obligada en sus últimos años a renunciar al conocimiento, el mundo le parecía un lugar de aprendizaje más que uno de expresión.

En la respuesta a Sor Filotea de la Cruz afirma: “Yo no estudio para escribir, ni menos para enseñar (que fuera en mí desmedida soberbia), sino sólo por ver que si por estudiar ignoro menos. Así lo respondo y así lo siento”. Disculpen la pedantería de incluir citas.

PD. 1: Esto también es sólo una opinión.

PD. 2: El elogio de la desmesura me gusta por lo que dice más allá de las palabras. Por la propuesta de actitud. Pero hablar de “afanes turbulentos” e “incandescencias vengadoras” como títulos, me parece una forma pedante de decir cosas como “sentimiento punk” o “rebelde con causa” (escalofrío). Aunque “Incandescencia vengadora” sería un cómic de súper héroes genial.

Edgar Adrián Mora

ENTRE NOMBRES, GESTOS Y PROYECTOS

Sin “afanes turbulentos” ni la “incandescencia vengadora”, sólo ante la “insipidez reinante” que impone “algún nuevo tipo de desmesura” desemboco con palabras esta “ira que es lodo, lava y huracán” para evitar (o provocar, me agrada más) el “despeñamiento completo”.

Para dar mi opinión sobre el nombre de la revista fue inevitable releer ese *Elogio de la desmesura*. Con dicho espíritu empecé el proyecto de la revista. Todos firmamos simbólicamente ese “cheque en blanco” en que nos comprometimos a “martillar con insistencia sobre los problemas, las palabras y las formas, en procura de establecer nuevos modos de mirar y de decir que eviten a

su vez, la autocomplacencia y el culto a la propia vanidad”.

Digo esto solo para afirmar que varios de los debates que hemos tenido sobre el nombre de la revista, parecen advertir una sensación de simple gozo de ese *Elogio de la desmesura*, como tanto se ha dicho, gesto sin contenido.

Ahora bien, el nombre de *Desmesura*, realmente no me convence mucho, es poco eufónico y, al parecer, como ya se ha comentado, no dice más que un sentimiento (aunque creo que los sentimientos sí dicen algo y mucho) que encasilla un gesto o un acto contestatario, tan de moda y sin sentido. Sin embargo, dejo constancia que varios de los argumentos que se han expresado en contra de este nombre poco me convencen: el que sólo parece ser un grito (¿cuál es el miedo de gritar? o ¿de quién tenemos miedo al gritar? ¿a la institucionalidad? ¿a otras “generaciones” ¿a los “intelectuales”? ¿o a un posible sector de consumo?), si tal como se ha dicho, el nombre no dice todo, expresa más un proyecto o la intención de construir un proyecto; con el nombre no se va a alterar (eso creo y espero) la colaboración de la institucionalidad, la participación de varias “generaciones” e “intelectuales moderados” (o que simplemente no les gustan los “gritos”), un “sector de consumo” o, ni siquiera, mi mamá, pues si yo le explico en qué consiste la revista y se atreve a consultar el contenido seguramente...

Nostramo me gusta. El nombre tiene fuerza, sonoridad, armonía. Para mi gusto, es abstracto, tiene que decir más de lo que dice, genera inquietud. Como se ha di-

cho, es ese equívoco constante y además, algo que me parece fundamental para la revista, es disruptivo con ese latinoamericanismo cerrado, regionalizante y regionalista. Pero bueno, como los argumentos a favor de *Nostramo* son tan buenos y abundantes, con el afán de no repetir, solo agrego que (según algunas afirmaciones), no siento que este nombre (por sí solo, como tampoco *Desmesura* u otro) sintetice la voluntad, la convicción, la posibilidad y la crítica de la revista, tampoco es un reto intelectual, ni un manifiesto, ni podremos descubrir en él a América Latina. Me sumo a pensar que *Nostramo* es un nombre erudito, docto y presumido.

No sé si por descarte o por completa convicción (a veces dudo de ella), me inclino por *Casa tomada*. No es un grito, ni un manifiesto. Representa un momento, una expresión, una acción, un espacio, material y simbólico (siempre abierto) que puede sintetizar “la voluntad, la convicción, la posibilidad” de un espíritu crítico de la revista. Una *Casa tomada* representa una materialidad, una posibilidad tangente, un abrigo de incertidumbres, un aire al “sofocamiento y asfixia”. Es el espacio abierto para *tomar* posición, construir un proyecto, más allá de la *Casa* de lo que se condensa en ella.

Diego Ramírez

SOBRE EL NOMBRE

Quiero aportar mi punto de vista sobre el título de la revista, para así fijar mi posición a ver si podemos solucionar este debate que no ha dejado de ser muy

sugestivo. No recurriré a citas ni a formalismos académicos, simplemente presentaré mi enfoque espontáneo entorno al tema.

En principio, el nombre *Desmesura* no me gusta. Aunque ser desacomodado es necesario, y la descortesía resulta casi un deber en muchas ocasiones, ese nombre no me parece sonoro. Si de lo que se trata es de no ser medido, considero que el contenido es el que tiene que reafirmar esa idea, cuando así se crea necesario; porque quizás, ese no sea el espíritu de todos los que nos hemos adherido al proyecto. Resumiendo: primero, *Desmesura* no resulta un nombre eufónico; y segundo, creo que no refleja adecuadamente el espíritu del proyecto, porque además no dice muchas cosas más allá de un sentimiento.

Vamos con *Nostramo*. De entrada debo confesar que aun no leo la novela. Sin embargo, tengo cierta idea de ésta por los argumentos que ya se han expuesto en las discusiones, y por el tan referenciado texto de Said. Creo que los argumentos a favor de este título son muy poderosos: la idea del equívoco constante me gusta mucho, también aquello de que el nombre puede ser una fuente interminable de referencias y que estas pueden surgir desde el contenido. También me atrae la propuesta de ir descubriendo en *Nostramo* a América Latina, de escurrir en sus páginas para hallar ideas que puedan reproducirse en los diferentes números. Eso reforzaría la secuencialidad en éstos y, también, le daría un grado de originalidad. Pero hay un elemento que no me convence.

Nostramo me resulta un nombre demasiado erudito, a veces

hasta pretencioso. Y eso lo digo desde mi posición de inexperto en literatura y crítica literaria. Tal vez sea una postura torpe fundamentada en un claro desconocimiento de la literatura como disciplina; soy conciente que ésta comparte intereses con la política, con la sociedad y sus diversas manifestaciones –quizás con creces en el libro de Conrad– simplemente, encuentro a *Nostromo* muy referencial, asociado a un ámbito docto que a veces resulta demasiado presumido. Claro, se trata de una simple percepción que puede estar ignorando muchos elementos, pero ya que el ánimo de esta reflexión es compartir mis impresiones sobre nuestra discusión, no está de más incluirla.

Ahora, *Casa Tomada*, el nombre por el que me inclino. Ciertamente es otro calificativo de origen literario en tanto es el título de un cuento de Cortázar. Sin embargo, esa idea nos sugiere muchas otras formas que no nos remiten, necesariamente, a la obra del argentino (muy seguramente, *Nostromo* también nos señala aspectos que van más allá del propio Conrad y su novela).

Lo cierto es que *Casa Tomada* evoca una imagen que a mí me gusta mucho: que quienes están afuera, quienes posiblemente no tienen acceso, tomen el interior porque éste ha sido abandonado o simplemente, porque su uso no es el que consideran adecuado. En pocas palabras, es ser descorteses con los dueños de la casa, para exigirles un espacio al que tienen derecho. Y eso es lo que a mí me inspira el proyecto de la revista: una toma de espacios, una recuperación de palabras y voces, y una pluralidad de opiniones.

¿Quién es la casa entonces? Pueden ser muchos lugares, personas o entidades; pero en principio es la institución, lo institucional y por lo tanto, lo “correcto”. Pero también lo conforme que esta adentro, o el que se vuelve “conveniente” para ingresar. Por eso tomar la casa es además, un acto de rebeldía o al menos, de inconformismo. Pero un acto que busca reorganizar, construir e incluir las subjetividades que antes estaban afuera.

Santiago Galvis

SOBRE “NOSTROMO”

Al principio el nombre de “*Nostromo*” no me decía nada, es más, ni siquiera lo vinculé –a diferencia de otras personas– con *Nostrodamus*.

Pasaron dos semanas, tiempo suficiente para poder juzgar aquél nombre, y en efecto, ahora “*Nostromo*” me parecía un título intelectualoide, incapaz de generar inquietud y persuasión; características que desde mi punto de vista debe poseer todo título, y más cuando se trata de una revista comercial. Estaba convencida, no daría un paso atrás, mi voz no favorecería al nombre metafísico “*Nostromo*”, porque seguía sin decirme nada.

Pero llegó la siguiente reunión sabatina y, desgraciada o afortunadamente –no lo sé– presencié una partida del razonamiento, en donde argumentos contra argumentos defendían o rechazaban a “*Nostromo*”. Yo no sabía que lugar tomar, todos los argumentos me convencían, por lo que preferí dejar reposar las ideas una semana más. Hasta que por fin, sonrojada

frente a mi presumible resistencia opté cambiar de postura y favorecer al nombre raro “*Nostromo*”, el cual hoy me dice mucho.

De entrada me parece fundamental recordar que el espíritu de la revista pretende ser crítico, inquietante, desmesurado; en fin, de ruptura, en tanto que dará pie a nuevas interpretaciones de nuestro acontecer, a nuevos temas aún no exhumados, a nuevas posturas, a un nuevo estilo literario, a nuevas construcciones de América Latina... Y justamente, porque el propósito es traer a cuenta un carácter innovador, creo que la palabra “*Nostromo*” es la carta de presentación perfecta para la revista, pues la palabra es novedosa por sí misma. Es decir, creo que el contenido y el título podrían alcanzar un coherente enlace, debido a que ambos amalgamarían muy bien a la inquietud y a la innovación.

Por otro lado, me parece de suma relevancia considerar que “*Nostromo*” también puede conducirnos a un ambiente posmodernista, fenómeno parido en los campos de concentración nazis, cuyas consecuencias hicieron enfermar al mundo de indiferencia; y que después de esa desolada experiencia concentracionaria del siglo XX, palabras como *memoria* y *conciencia* perdieron valor, al tiempo que la ciencia y la tecnología lograron rebasar a la crítica, dando paso entonces a la homogenización inconsciente de las masas. Es decir, la posmodernidad corona a la uniformización de las sociedades: sus comportamientos, sus aspiraciones, sus emociones, y su *lenguaje*.

Así pues, la posmodernidad pone en boca de todos, un len-

guaje instantáneo, el cual al día siguiente de pronunciarse está muerto de emociones. La posmodernidad está configurada por palabras-solución y no da apertura a la imaginación. La interpretación no existe en ella.

En este sentido creo que “Nostromo” estaría intentando escapar del juego posmodernista, pues resulta ser una palabra que invita a la imaginación, es una palabra no resuelta, una palabra no

fórmula, una palabra a la que aún hay mucho que zanjearle.

El nombre “Nostromo” sería pertinente para la actualidad, a quien le urgen nuevas formas de lenguaje, le urge –como sostiene la filósofa Esther Cohen– “decir la historia de maneras siempre nuevas”.

En suma, me parece que “Nostromo” es una *oportunidad* para escapar de palabras fórmulas, así también, es una oportunidad

para desatar el ingenio demasiado ausente últimamente, es una palabra “desmesurada” y también es una “puerta abierta”. Así mismo, estoy segura de que “Nostromo” puede llegar a convertirse en un *valor de uso*; pero no obstante, pese a todo lo anterior, lo más importante será el contenido de la revista, cuyos alcances dependerán de las personas que la hagan.

Mónica Adriana Santos Sánchez



EL TRUCO DE LA AUTOCRÍTICA



*Francisco Fernández Buey**

No seré yo quien vaya a negar la evidencia. Que bastantes personas que se decían de izquierdas, e incluso revolucionarias, en la década de los sesenta o los setenta, se han hecho luego de derechas es un hecho. Se suele hablar de los casos más llamativos en el ámbito político, el de aquellas personas que un día fueron la izquierda de la izquierda y hoy son la derecha de la derecha. Pero el proceso es más amplio y más profundo. Afecta también a intelectuales de lo que un día fue la izquierda moderada o “socialdemócrata”, como solía decirse. Para hacerse una idea basta con comparar a este respecto lo que decía el entonces “compañero

Miguel”, en la Escuela de Verano del PSOE de 1976, con lo que suele decir Miguel Boyer en los últimos tiempos: de propugnar la nacionalización de la banca, las eléctricas y la siderurgia, a la FAES de Aznar.

El fenómeno no es nuevo. El transformismo de los intelectuales es algo tan antiguo y tan repetido que volver sobre el asunto resultaría tedioso si no fuera porque en ese paso hay implicadas algunas tragedias que a veces se olvidan. Sólo recordaré una: la conversión de Benito Mussolini, paladín del socialismo maximalista italiano y fundador luego del partido fascista. Tragedias aparte, la cosa es tan aburrida que los intelectuales eu-

ropeos que se mantuvieron leales a la izquierda siempre escribieron sobre el transformismo de los otros con ironía o sarcasmo. Recuerdo tres casos, pero hay más. El de Gramsci, definiendo a Marinetti y a los futuristas italianos como niños que se han divertido coqueteando con los proletarios para acabar volviendo al redil de la propia clase cuando pintan bastos. El de Brecht, redactando el libro de los *tuis* para distinguir entre intelectuales e intelectuales en la crisis. Y el de Lukács, ironizando sobre la falta de columna vertebral de los intelectuales tráfugas como una ventaja fisiológica que permite al susodicho agusanarse ante el Poder.

* Catedrático de Filosofía de la Universidad Pompeu Fabra. Barcelona. Texto publicado en *El País* (18/03/2007) autorizado por el autor para su publicación en este espacio.